

HACIA UNA ESTRATEGIA DE  
DESARROLLO AGROINDUSTRIAL

---

LUIS B. CROUCH\*

Tengo una confianza cartesiana en la aplicación de la tecnología a la agricultura dominicana. Con muy pocas excepciones, creo que no hay nada que necesitemos que no podamos producir, sin desventajas comparativas serias, si se dan las condiciones sociales y políticas. Ni en este momento, cuando el prolongado espectáculo de las negociaciones con el Fondo Monetario Internacional tiene hipnotizados a las autoridades y los poderes políticos en un profundo pesimismo, creo que haya más obstáculo que nuestra propia visión. No hay condicionalidad que prohíba que veamos el futuro con determinación de eliminar obstáculos y crear las bases tecnológicas para un rápido crecimiento. Por el contrario, un riesgo es que los economistas confíen demasiado en las condicionalidades; ya han disminuido mucho su participación en las discusiones económicas, confiados aparentemente en que la intervención del Fondo nos dé las soluciones. Otro riesgo peor es que las autoridades de la política económica lleguen a creer que las acciones favorables a la agricultura que han tomado, porque les han sido impuestas, son suficientes para aprovechar la capacidad latente de nuestra tierra.

Revelaré unas preocupaciones respecto al ambiente de desarrollo agroindustrial y agropecuario que, en mi opinión,

---

\*Vicepresidente del Instituto Superior de Agricultura (ISA).

requieren de ponderación y acción. Trataré de demostrar que tienen raíces profundas en la historia nuestra, que no es más que una continuación de la de España y la de Roma, del mundo del Mediterráneo. Destacaré la falta de articulación de la clase dirigente y la actividad agrícola, y especialmente la falta de respuesta tecnológica. Luego quiero comentar tres importantes obstáculos y sugerir que, para sacudir nuestro letargo inducido e interminable proceso de cuestionamiento paralizante, busquemos una estrategia escogiendo una decena de actividades, objetivos de producción, algunos a mediano y otros a largo plazo, y que concretemos todas nuestras fuerzas como sociedad en perseguir su materialización.

## Preocupaciones

### 1. El modelo

Hace unos días leía un ensayo de Ortega y Gasset, titulado "La Historia como Sistema". Comenta el ilustre filósofo español los logros de la ciencia moderna que, como dice, "ha conseguido cosas que la irresponsable imaginación no había siquiera soñado. El hecho es tan incuestionable, que no se comprende, de pronto, cómo el hombre no está hoy arrodillado ante la ciencia como ante una entidad mágica...". Añade que, al contrario, no es así, pues el hombre se ha dado cuenta que el éxito no es incompatible con el fracaso de la ciencia con respecto a la totalidad de la existencia humana: la paradoja de la perfección de la eficiencia parcial de la ciencia y su falla para los efectos de la totalidad. El optimismo de Descartes, el hombre "a quien (según Ortega) más debe la civilización occidental", no se sostiene en el Siglo XX. Señala Ortega que la paradoja se resuelve en una advertencia sencilla: "Lo que ha fracasado de la física no es la física. Lo que ha fracasado es la retórica y la ola de petulancia, de irracionales y arbitrarios añadidos...".<sup>1</sup>

Estamos reunidos aquí para hacer importantes contribuciones a la Agroindustria, el modelo que de seguro abarcará un componente "Exportaciones" para sustituir el "dizque" agotado modelo de "Sustitución de Importaciones". Afirmar, como ya es casi universalmente aceptado, que se ha agotado o que fue un error el modelo de Sustitución de Importaciones, no sólo es peligroso sino que, en mi opinión, es un grave error. El modelo de Sustitución de Importaciones no se ha agotado. Lo que se ha agotado es la retórica respecto a la industrialización del país que se elaboró alrededor del pronunciamiento, puro y simple, por decreto de FIDE y los promotores internacionales del Fondo, de que estábamos operando bajo esa estrella guía, ese modelo, y respecto a las



expectativas que creó de que iba a resolver todos nuestros problemas de desarrollo.

El modelo, repito, no se ha agotado. Ha llegado al punto en su desarrollo en que su profundización requiere de más grandes inversiones en capital y tecnología para lanzarse a la exportación; y esto no sólo es posible sino que ya está sucediendo. Parte de la retórica concernía una esperada gran generación de empleos. Por otro lado, se critica el hecho de que ha resultado intensivo en capital. ¿Cómo no se anticipaba eso? ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Y qué importancia representa eso? ¿Hubiera sido de otra manera si hubiera tenido que competir en el mercado mundial?

Los mismos peligros encierra la retórica ya creada alrededor de la agroindustria. ¿Por qué ésta ha de ser menos intensiva en capital? Esta no ha de crear, en sí, más empleos que el modelo anterior. ¿Qué tantos empleos puede crear la sucroquímica o una fábrica de papel de sisal? Y si la agroindustria y la agricultura que la ha de sostener han de ser eficientes, tienen que ser intensivas, sobre todo en capital y en tecnología.

El logro más importante, irrefutable, del modelo de Sustitución de Importaciones, es que dio un paso determinante hacia la articulación de la burguesía y la tecnocracia dominicanas con la tecnología. El fallo más importante fue que no se fundamentó sobre la agricultura. La síntesis es lo que sigue.

La industria sustitutiva de importaciones y la agroindustria son importantes como creadores de riqueza, la riqueza en que se tiene que sostener el Estado para obtener los recursos para resolver los problemas dominicanos con instrumentos públicos de política económica, reforma agraria, empleos en reforestación, asistencia médica, agua potable, electrificación, educación, artesanía, empleos en servicios. Y esas industrias sustitutivas de agroindustrias deberán ser grandes, en términos dominicanos, si sus productos han de competir en eficiencia, calidad y nivel tecnológico. Y FIDE deberá financiarlas si se quiere que sean dominicanas y si se desea que nos hagamos capaces de un desarrollo tecnológico propio y sostenido en el futuro.

## 2. Autosuficiencia y seguridad alimentaria

En el país se ha dado un compromiso mal entendido con la política de autosuficiencia alimentaria. Las evidencias señalan que hay una confusión sobre las metas fijadas con respecto a la producción y consumo de alimentos básicos. La conveniencia de ser autosuficientes no está bajo discusión; pero en cambio sí lo estarán los medios a que se recurre para lograrlo.

La autosuficiencia es parte de la seguridad alimentaria y no pueden separarse. Lo que en verdad importa es que los alimentos lleguen a quienes más los necesitan. En el caso nuestro, lo deseable es que los mismos sean vendidos a precios que puedan ser adquiridos por los sectores de más bajos ingresos. La seguridad alimentaria debe tomarse como un compromiso del Estado y traducirse en políticas efectivas dentro de las cuales se incluya la autosuficiencia. Un ejemplo de este compromiso mal entendido es la escasez de habichuelas. Por razones que no vienen al caso analizar ahora, la producción de habichuelas no pudo satisfacer la demanda nacional en 1984, originando una fiebre especulativa desmedida de un producto de primera necesidad. Aparentemente el país es autosuficiente en habichuelas, porque no tuvo que importar. En realidad sabemos que no lo es. Su consumo se ajustó, más bien, por vía de los precios a la producción disponible, pero no fueron satisfechas las necesidades de los consumidores. Es obvio, pues, que los consumidores más pobres fueron los que más sufrieron. Si el Estado se hubiera propuesto seguir una estrategia de seguridad alimentaria, la decisión correcta hubiese sido una importación de carácter más bien simbólico de habichuelas y mantener un precio de sustentación que fuera rentable para los productores nacionales y que no disuadiera la producción. En el Estado dominicano se necesita de más flexibilidad en la aplicación de políticas, sobre todo cuando éstas son la expresión de un compromiso no muy bien fundamentado.

### 3. Mercados y política exterior

La política exterior de la República Dominicana persigue deliberadamente asegurar su participación en los mercados preferenciales. Los esfuerzos que se hacen en este sentido no logran articularse aún. Las coincidencias en los diferentes medios de opinión, personalidades y partidos políticos no se traducen en acciones; los conflictos ideológicos desaparecen misteriosamente cuando se habla de diversificar nuestros mercados de exportación.

Los beneficios de participar en estos mercados son fácilmente reconocibles. Se espera lograr un aumento de las exportaciones, crear nuevos empleos y generar más ingresos. Sin embargo, no se nota en el sector público ni en el privado el dinamismo ni la presencia que era de esperarse en los foros, congresos y seminarios internacionales. Todo parece indicar que las palabras van de un lado y los hechos por el otro. El liderazgo dominicano debe incluir un fuerte componente tecnológico en su política internacional.

La débil participación que tenemos en el exterior quizás se deba a que las coincidencias esconden la falta de definición de estrategias para penetrar esos mercados, en las que se determine



con qué productos y bajo qué condiciones podemos competir exitosamente. La formalización de relaciones de Estado a Estado, mediante compromisos comerciales, no es suficiente. La política exterior dominicana debe contemplar aspectos menos convencionales como serían el análisis de los mercados potenciales, las gestiones de financiamiento y la exploración de oportunidades de inversión, entre otras. El diplomático que las circunstancias requieren debe tener madera de comerciante en adición a ser político; pero por más que dentro del Estado se coordinen esfuerzos, no tendremos una política exterior con resultados positivos, palpables en aumentos de las exportaciones y de la inversión extranjera conveniente al interés nacional a menos que esta política tenga el respaldo de una clase dirigente. Además, hay que tener en cuenta que los nuevos mercados que buscamos también desean vendernos algo a cambio de lo que nos compran.

En los mercados preferenciales donde el país busca participación, la región del Caribe resulta particularmente atractiva y se enmarca dentro del dinamismo que se le quiere dar a nuestro comercio exterior. La amplitud de este mercado hace necesario que se estudien críticamente los productos de mayor importancia estratégica y volúmenes de venta; dentro de este contexto deberíamos estudiar el mercado de insumos agropecuarios. Considero que el país debe discutir cuáles serán los objetivos de entrar a CARICOM en términos de beneficios estrictos de mercado, como ser la eventual sede regional de la producción de fertilizantes y pesticidas, lo cual requeriría inversiones del orden de los US\$200 millones. En caso contrario no tendríamos razones válidas para sostener una ofensiva diplomática en esta dirección.

#### 4. La dirección desde fuera

Los dominicanos encontramos que a nivel de Estado y de los grupos de poder hay una fuerte dependencia del exterior sobre todo al preparar planes de inversión y estrategias de desarrollo económico. Los grados de libertad de que disponemos para fijarnos metas y escoger un modelo de desarrollo propio corren el riesgo de perderse. Por nuestra falta de organización estamos siendo sustituidos por la banca de desarrollo y privada internacionales. Debemos mantener la autonomía para poder no perder el control de nuestros recursos y garantizar la participación de empresarios nacionales. En caso contrario, los incentivos y el financiamiento disponible serán aprovechados por corporaciones extranjeras con mayor eficiencia organizativa y tecnológica que sus homólogos dominicanos.

No podemos conseguir esta autonomía deseada a menos que les demos permanencia a los funcionarios encargados de negociar

con los representantes de los organismos financieros internacionales. Se necesita, además, un consenso sobre los objetivos de las negociaciones y determinar en cuáles aspectos está en juego el interés nacional y, por lo tanto, no se pueda ceder.

### 5. Los precios

Las inversiones agrícolas supuestamente no son estimuladas por los controles de precios vigentes. Se critica esta actitud del gobierno como una barrera formidable, y se piensa que cuando los controles de precios se eliminen habrá una respuesta inmediata de la producción y que las penosas condiciones en que se desenvuelve el productor rural desaparecerían como por encanto. Los defensores de estas políticas de liberalización de precios, en mi opinión, pecan de simplistas. El estancamiento de la agricultura dominicana no se debe sólo a los controles de precios; tiene una historia dilatada que parte de nuestras raíces como nación. Un poco de realismo político basta para que comprendamos que el Estado dominicano seguirá interviniendo en los precios agrícolas. Las presiones sobre los funcionarios del gobierno, provenientes de influyentes periodistas y de grupos de presión, reducen las opciones que pueden manejar y como tienen que responder con medidas que no perjudiquen la popularidad del gobierno, recurren al expediente de controlar los precios. Por este camino han llegado a extremos risibles, al proponerse el absurdo de mantener controlados los precios, por vía administrativa, de una lista de más de 100 productos industriales y agrícolas. Comprendemos la necesidad de que el Estado proteja a los consumidores. Pero las políticas que se están aplicando no son sostenibles; el gobierno no dispone de los recursos, ni de los mecanismos para mantener por la fuerza estables y bajos los precios de una gama tan amplia de artículos. Cuando se toman estas medidas, se crea confusión, se pierde tiempo y se malgastan los esfuerzos de los funcionarios responsables de dirigir nuestra economía. Las reglas del juego para establecer controles de precio deberían hacerse más claras y explícitas. El proceso que se sigue debería estar más abierto a la discusión nacional, a la comprensión de las verdaderas dimensiones de los problemas agrícolas y de nuestras posibilidades de producción, de las necesidades de inversión y de los costos de los insumos importados.

De institucionalizarse este proceso, me parece que la decisión final sobre los productos sujetos a disposiciones administrativas debería tomarse en el Congreso Nacional porque así se obligaría a que cuando se controle un precio se determine inmediatamente el monto del subsidio requerido y los fondos con los que sería cubierto. Las limitaciones del presupuesto nacional y la menguada popularidad de los impuestos, reducirá forzosamente el número de



artículos sujetos a control. Es de esperarse que estos artículos, entonces, sean exclusivamente los de primera necesidad.

La aceptación de las limitaciones presupuestarias es el primer paso para dar más racionalidad a la intervención del Estado en la agricultura, y específicamente en los precios agrícolas; el segundo paso, sería reconocer las limitaciones administrativas del Estado dominicano y, que, por tanto, para que los controles de precios sean efectivos y cumplan su cometido tienen que aplicarse a un paquete reducido de bienes que satisfagan las necesidades básicas de los más pobres. Si las reglas de juego están claramente definidas de manera que sus efectos sean predecibles por el empresario, me parece que los controles de precios basados en un sistema real de subsidios no obstaculizarían el desarrollo industrial de la agricultura dominicana.

## 6. Los incentivos

En diferentes ocasiones he defendido la necesidad de intervención del Estado en la agricultura dominicana, mediante un proceso de planificación con dirección, porque me parecía que nuestra democracia le confería una lentitud pasmosa a la toma de decisiones. La pobre respuesta del empresario a las leyes de incentivo agroindustrial, sirve como un ejemplo que ilustra mi posición; estas leyes tienen más de dos años de aprobadas y sabemos que los resultados obtenidos hasta hoy son insuficientes. Las expectativas puestas en ellas no correspondían con la realidad. La magnitud de las inversiones, de los problemas tecnológicos relacionados con la industrialización del campo, de las tediosas negociaciones con los bancos, exigen algo más que incentivos. Por supuesto que las leyes de incentivos bien concebidos y mejor administrados tienen una importancia que no podemos desconocer.

Las inversiones en actividades de grandes riesgos y en las que no tenemos experiencia deben estimularse con exoneraciones fiscales y cambiarias. Pero por más leyes de incentivos que aprobemos, no garantizamos que los capitalistas inviertan en el sector agropecuario. Las leyes de incentivos son necesarias, pero no suficientes. De revisar estas leyes estoy seguro de que un inversionista razonable no pediría más. La cautela del empresario dominicano no se debe a que no reciba incentivos suficientes. Por el contrario, me atrevería a decir que en muchos casos sobran; los dominicanos seguimos exportando tabaco, a pesar de que hemos hecho todo lo que se pueda concebir para hundir a los cosecheros y, sin embargo, éstos siguen produciendo.

En definitiva, el Estado no puede contentarse con disponer incentivos sino que tiene que asumir iniciativas de interés nacional cuando el sector privado no se interese por ellas. Creo que hay

grandes oportunidades de innovación tecnológica que el Estado tendrá que emprender solo.

### Hacia la desmitificación de la agroindustria

Se habla en nuestro país de agroindustria como si involucrara un culto secreto, como si se aproximara el milenio: "la agroindustria viene: prepárate". Se habla de una integración vertical como de un misterio del culto. A veces se evoca la sucroquímica como un semidiós, y la envuelven en misterios de soberanía económica y política. El complejo mitológico tiene algunos ángeles descarriados, candidatos para el infierno, que han llevado tesoros del templo a otros universos para su salvaguarda. Y se dan a veces su escapada escondida a Sodoma y Gomorra para pecar en el gozo de los frutos de ese huerto.

Toda esta magia se desenvuelve en un drama general donde actúan también unos diablos poderosos que no nos dan cuotas de azúcar y que no nos compran el tabaco que necesitan, que obstaculizan la reestructuración de nuestra sociedad para así redistribuir el poder político y económico y por tanto el ingreso. Tienen el coraje esos diablos de insistir en que paguemos lo que debemos. Es, pues, en este escenario donde aparece la agroindustria como el culto de la salvación. ¡Ay del economista que se atreva a criticar o dudar de los dogmas!

Todos los que están aquí tienen su definición de agroindustria y en verdad no existe un acuerdo.<sup>2</sup> Como una solución simplista a este dilema, yo estaría a favor de adoptar la visión conceptual amplia del pragmático Banco Mundial, sin duda el más efectivo promotor del desarrollo agroindustrial en el mundo. Para el Banco Mundial la agroindustria incluye todo: mercadeo, almacenamiento y procesamiento de productos del agro, incluyendo foresta y pesca, y también distribución y almacenamiento de insumos. También incluye cualquier producción nacional de insumos, y todos los niveles de procesamiento de alimentos para humanos y para animales. Sin embargo, sólo incluye la primera fase del procesamiento de productos industriales. La producción, el almacenamiento y la distribución de maquinaria agrícola y transportación también figuran como parte del sistema agroindustrial. Digo que el Banco Mundial es, por encima de todo, pragmático, porque de lo que hemos dicho se desprende la obvia interdependencia de todos estos componentes y la importancia de un enfoque analítico coherente a cualquier proyecto, analizando todos estos factores cuidadosamente.

Obviamente, entonces, hablar de desarrollo agroindustrial del país es como hablar casi de todo lo que en el pasado solíamos llamar el desarrollo agropecuario. Todo lo que beneficia al azúcar,



almacenar y mercadear, café, cacao, tabaco, arroz, salsa de tomate. Ahora incluimos por ejemplo flores y molondrones, para ilustrar lo flexible que es el concepto. Y soñamos con aceite de palma, camarones, mangos, aguacates y otros. Si hablamos de desarrollo, entonces debemos incluir la dinámica de todo esto en el tiempo. El concepto tiene que envolver esa cuarta dimensión, la relatividad, la profundización tecnológica, hasta que se convierta en un proceso autosostenible.

## La tecnología en la historia

El origen, la persistencia y el crecimiento de la concentración de riquezas e ingresos en el país, como en América Latina, se debe, entre otros factores, a un bajo nivel técnico, carente de dinamismo, primordialmente en la agricultura, pero también en la industria, en la organización y en la administración (viendo estos últimos como tecnologías sociales). Por ejemplo, en nuestro país existen cantidades de tierras sin uso, cuyo ocio se lo atribuimos, erróneamente, a la existencia de latifundio; en realidad, son suelos tropicales para los que no existe una tecnología que garantice una productividad suficiente para retribuir adecuadamente el esfuerzo. Las laderas, como ejemplo también, son cultivadas por campesinos pobres por todo el país, pero no tenemos todavía una tecnología que permita un aumento en la productividad y que mejore a la vez el nivel de vida de ese núcleo de la población.

El bajo nivel técnico, y su persistencia, que tiene unas analogías precisas y pertinentes, ilustrativas, en la civilización greco-romana y en España (de todos los tiempos, pero especialmente en tiempos de Carlos V) (Véase Braudel, F., *El Mediterráneo*), forzosamente condujo a la esclavitud (y encomienda) como medio de lograr excedentes que permitieran el ocio necesario para la cultura y el confort de las clases dirigentes. La esclavitud, a través de toda la historia de Atenas y Roma, actuaba para desincentivar innovaciones tecnológicas, agrícolas, industriales y administrativas y nuevas organizaciones productivas que pudieran mejorar las condiciones sociales; no había para qué. Por otro lado, los dueños de los medios de producción gastaban todo su excedente en lujos o compras de más terrenos y no invertían para aumentar la productividad. Como consecuencia, en muchos casos, y por períodos largos, la productividad bajaba, empeorando la situación de los desposeídos, y el creciente descontento urbano se contrarrestaba con aumentos en pan, circo y represión. Así, toda la carga de gastos de la corte, del ejército, la burocracia, del pan y el circo caía sobre las clases trabajadoras, mayormente esclavas. El descontento crecía, y se expresaba en rebeliones, huelgas, insurrecciones. Ya en el ocaso del imperio, se tradujo en la franca

colaboración de las clases pobres con los bárbaros en la forma de incitación a la invasión. Por siglos, la protesta fue salvajemente reprimida. Gradualmente otros grupos se rebajaron al nivel de esclavos. El proceso destruyó la iniciativa privada, inició un proceso de formación de entidades terratenientes autárquicas técnicamente, llevó al gobierno del Imperio a un estatismo anárquico. No se desarrollaron medios institucionales para dar curso y responder a reclamos de justicia.

Conflictos abiertos y violentos hubo, pues, pero estos no generaron respuestas tecnológicas eficaces, de ningún tipo. "Durante siglos la mente de los hombres se había formado en la convicción de que no se podía renunciar a la esclavitud en ninguna circunstancia... Porque la existencia de la esclavitud hacía que todas las demás cosas -mejoras en las comunicaciones y formas técnicas superiores- parecieran superfluas".<sup>3</sup>

Hay implícito en el desarrollo de estos argumentos el concepto que sostengo de que las presiones políticas libremente expresadas, utilizadas, la participación política amplia de los sectores no privilegiados, crea (hubiera creado en Roma) condiciones propicias para el progreso tecnológico. O sea, que la democracia ampliamente entendida es una condición sine qua non para lograr un proceso tecnológico sostenido.

Aun antes de la caída del gobierno central del Imperio Romano de Occidente ya se vislumbraba la desintegración de la institución de la esclavitud. En el cambio de las relaciones de trabajo en los nuevos núcleos de producción autárquicas, latifundios y monasterios, estaba la semilla de la nueva economía que traería los profundos cambios en Europa a partir del siglo X. Estos núcleos evolucionarían hacia los feudos y los monasterios autosuficientes de la Edad Media. Los monasterios serían los nuevos centros de habilidad técnica, de acopio tecnológico, construidos con la participación de los que trabajaban la tierra; serían los puentes de la civilización clásica a la científica moderna.

Los monasterios se constituyeron en grandes organizaciones productivas, adaptadores e innovadores de tecnologías, agrícolas y sociales. Crearon las riquezas nuevas que permitieron el reinicio de nuestra civilización. Adoptaron el arado pesado, el estribo, la herradura, el molino de viento, el abonamiento, la rotación de cultivo. Avanzaron "hacia un amplio uso de la fuerza animal, hidráulica y de viento. La importancia de estos nuevos avances en la historia de la humanidad es incalculable".<sup>4</sup> Se ha observado que... "La gloria principal de la Baja Edad Media no fueron sus catedrales, ni sus épicas y su escolasticismo: fue la construcción, por primera vez en la historia, de una civilización compleja, que



no descansaba en las espaldas de sudorosos esclavos o culíes, sino fundamentalmente en la fuerza no humana".<sup>5</sup>

¿Cuál es el paralelo de Roma con el país y con América Latina? El problema y el proceso descritos arriba se repiten a partir del descubrimiento. El gran choque que les produjo a los europeos, a su llegada a La Española, su incapacidad tecnológica y su desconocimiento de los nuevos cultivos y sistemas agrícolas; la inadaptabilidad a los trópicos de sus propios cultivos y sistemas, los llevó a institucionalizar la encomienda y a profundizar la esclavitud como maneras de asegurar los excedentes necesarios para satisfacer las aspiraciones de la nueva y trasplantada clase dominante. Desde los comienzos, pues, se instituyó una desarticulación entre poder político y religioso, propiedad de recursos, tecnología y trabajo que aún no se ha resuelto. Se reprodujo en América Latina la incapacidad de las élites para organizar sus sociedades para satisfacer necesidades, aspiraciones de trabajo, alimento, salud, educación y participación de sus pueblos. Se reprodujo, también, la acumulación y dominio de los instrumentos de producción en manos de grupos de poder de una baja destreza tecnológica, de falta de dinamismo o de capacidad de cambio y crecimiento tecnológico. La capacidad sociopolítica de esos grupos impone y mantiene sobre las demás reglas de juego más o menos definidos para la apropiación desigual de factores de producción, sobre todo en las áreas rurales. La interacción del crecimiento demográfico, la falta de acceso a los recursos tierra y agua y la tecnología estancada, ha resultado en baja productividad y baja producción, que a su vez han llevado a las masas rurales a los límites de su tolerancia social, creando una situación de desesperación, migración y rebelión.

La desarticulación entre capital, propiedad, trabajo y tecnología, en medios políticos donde los que trabajan no pueden organizarse, divide a nuestras comunidades en dos clases, los que pueden y los que no pueden, ricos y pobres. Esta desarticulación, que tiene su origen en las dificultades de la agricultura de los comienzos del traslado de los patrones de la civilización europea a América, se repite en la incipiente industrialización, pues ésta es llevada a cabo por los mismos grupos de poder y se basa en trasplantes tecnológicos que como grupo no domina a cabalidad. Y se lleva a cabo en situaciones de gran exceso de oferta de mano de obra, donde se pueden imponer condiciones de trabajo infrahumanas. Las profundas diferencias económicas se tornan profundas diferencias sociales, culturales y políticas. Los que trabajan no tienen incentivos para mejorar las técnicas de producción y los dueños de los medios de producción no tienen necesidad ni entienden las innovaciones tecnológicas. Sin embargo, ya en los

últimos años se vislumbra en el país polos de desarrollo agrícolas e industriales, donde comienzan procesos importantes de cambios tecnológicos, núcleos de modernidad en un mundo de atraso, llevados a cabo en parte por nuevas élites. La historia nos sugiere, pues, que hay en todas las sociedades, en especial en las modernas, un imperativo tecnológico: se precisa de un proceso de expansión y profundización de las bases tecnológicas, y de manera continua de nuevas formas de organización e institucionalización, para poder satisfacer las necesidades nacidas de la dinámica demográfica y de las aspiraciones materiales crecientes de todos los sectores.

\* \* \*

El Estado romano actuaba para resolver dificultades de falta de producción y oferta con medidas de control de precios, de impuestos, de subsidios. Estos contribuían a restar dinamismo a la clase empresarial, y el Estado entonces, en respuesta a la falta de producción, se veía obligado a profundizar la intervención oficial. Organizaciones gubernamentales llegaron a participar en absolutamente todas las actividades productivas, llevando al Estado a ser el terrateniente más grande, el industrial más grande, el dueño de las minas, empresas de construcción, fábricas textiles, todo. Es necesario enfatizar que "los emperadores no penetraron en el campo económico porque creyeran en la empresa estatal". No había ninguna aplicación de principios ideológicos. Igual acontece en España en el Siglo XVI.<sup>6</sup>

Por otro lado, las obligaciones financieras creadas por la evolución de las sociedades y las estructuras burocráticas, las incensantes guerras, tanto en Roma como en España, agobiaron las economías y acabaron socavando, destruyendo, la capacidad de maniobra de sus dirigentes, el emperador en el caso de Roma, y el Rey en el caso de España.

La dificultad para Felipe II de entender y manejar las finanzas españolas y, sobre todo, de negociar con los financistas internacionales, fue una de las principales causas del deterioro del imperio español. Por supuesto, el reino de Castilla, como dice Braudel "perdió cada vez pues no era el igual de los hombres de negocios, quienes le llevaban siglos de adelanto". Y Braudel continúa: "Si hubiera sido sagaz (Felipe II) hubiera creado un banco del Estado, como se le sugirió en 1582, o un número de Monti al estilo de Italia, como se le sugirió en 1596; o se hubiera embarcado en una política deliberadamente inflacionaria. Más, me parece que Felipe II se encontraba constantemente en la posición de un estado latinoamericano del Siglo XIX, rico en productos de sus minas y de sus plantaciones, pero perdidamente fuera de su medio en las finanzas internacionales". Y sigue, "tal gobierno podría



demostrar su disgusto, moverse a acción, pero al fin se vería obligado a someterse, entregar sus recursos y ventajas y demostrarse acomodaticio".<sup>7</sup>

\* \* \*

En Roma, en la España del Siglo XVI y en la República Dominicana encontramos paralelos en la utilización de recursos provenientes de préstamos sin un correspondiente aumento ni de la capacidad productiva ni de la capacidad tecnológica. En los tres casos había una desarticulación en la cúspide de las sociedades: las clases dirigentes desconocían las tecnologías y desdeñaban el trabajo manual, explotaban las clases trabajadoras; los que trabajaban no tenían acceso a los recursos; los gobernantes reaccionaban, no tomaban decisiones de iniciativa, no experimentaban. En el caso de Roma, no se entendía. En el caso de España, Felipe II no oía. El caso de República Dominicana, por supuesto, lo estamos viviendo.

\* \* \*

De arriba se desprende que a través de la historia del Mediterráneo, de la cual somos una continuación, se ha producido una desarticulación que se ha mantenido entre las clases dominantes, la tecnología y los que trabajan. ¿Cómo se ha de producir, cuáles serían las condiciones que se requerirían para que la agroindustria pudiera servir de medio de articulación de las clases empresarial, industrial, comercial, trabajadora, los factores de producción, tierra, agua, con la tecnología y el financiamiento?

La agroindustria se sostiene y ha de sustentarse en la agricultura. O en la agricultura existente, o deberá fomentar su propia producción agropecuaria en cada caso. ¿Cuál es el estado de la agricultura existente, cuál es el nivel de tecnología, la capacidad generadora de tecnología? ¿Existe un proceso tecnológico? Afortunadamente existen algunos procesos, pero estos no conforman un proceso generalizado. Así podemos decir que tenemos ejemplos de procesos de generación continua de tecnologías mejoradas, y los tenemos en agricultura, pocos, y los tenemos en agroindustria. Estos éxitos deberían servirnos de modelos. El más ilustrativo es el caso del arroz, cuya "excepcionalidad" merece comentario. No creo que ningún gobierno debe atribuirse el mérito de la "autosuficiencia arrocera", si la hay (?), pues si lo hace, así se atribuye un desconocimiento total del proceso tecnológico donde convergen factores esenciales sobre un largo período y que son comunes a todo proceso exitoso: una élite propietaria y comercial que entiende y domina el cultivo y mantiene una cultura arrocera

(en este caso a pesar de los embates a que ha sido sometida); una base científico-técnica suplida y mantenida por 20 años por un país amigo, casi por necesidad política; un sistema de crédito bien establecido por 40 años, y, por fin, una política de precios casi justos que reconoce la realidad de costos y que existe precariamente por necesidad de política nacional. El cultivo e industrialización del arroz, entonces, constituye una muestra de la articulación imprescindible para que haya salto en la productividad y producción.

Algunos cultivos, mayormente para la exportación, también han logrado un alto nivel tecnológico, pero estos constituyen enclaves de excepción, y si existen y son productivos es porque son mayormente para la exportación y no sujetos a rígidos controles, a veces arbitrarios, de precios.

Algunas agroindustrias que exhiben un alto desarrollo tecnológico envuelven un alto grado de integración de las capacidades empresariales administrativas, tecnológicas y financieras: producción de pollos, alimentos para ganado, aceites vegetales, pasta de tomate, cigarrillos. Sorprendente es que los éxitos en pollo y alimentos se hayan logrado en un ambiente de casi continuo antagonismo de algunos sectores tecnocráticos y políticos. No es sorprendente, por otro lado, que haya sectores, como el de la producción y comercialización de la leche, que hayan tenido que reaccionar a una falta de comprensión y de sentido de la realidad con una reducción en su actividad o producción. Tributo de su ingenio ha sido la capacidad empresarial que éstos han demostrado recurriendo a innovaciones tecnológicas con nuevas producciones, quesos y otros productos lácteos.

Así que, con la excepción de la capacidad tecnológica en arroz y en casos de contadas agroindustrias, como el grupo de la Sociedad Industrial Dominicana, el resto del sistema aún no ha evolucionado, no ha logrado dinamizarse, no ha logrado ser un proceso productivo. Es el caso no sólo del sector de la investigación de la Secretaría de Estado de Agricultura sino de las universidades y es el caso de otras instituciones de investigación, del Estado y privadas, agrícolas e industriales. No sólo hay estancamiento en la generación de tecnología con los productos tradicionales, sino que hay una notable ausencia de capacidad innovadora, de capacidad de introducción de nuevas tecnologías, nuevos productos. Generación de tecnología no proviene de la sola acumulación de Doctorados y Maestrías.

### La crisis en la agricultura

La agricultura dominicana demuestra claras tendencias de



estancamiento. Algunos casos de aumento de exportación de rubros no tradicionales y siembras como la de palma africana no son suficientes para desmentir las estadísticas de productividad per cápita de alimentos. Grandes áreas de tierras están improductivas por falta de tecnologías. Hay grave deterioro de la base de recursos naturales. La deforestación sigue -lo cual no sería negativo si hubiera reforestación. No se generan empleos. Los sistemas de riego son deficientes, el agua se utiliza mal y se desperdicia. No hay una producción adecuada de semillas. No hay suficiente crédito. La mecanización es deficientísima. La reforma agraria, carente de recursos, no encuentra su camino de eficiencia, no da respuesta a las aspiraciones de los agricultores sin tierras.

En las áreas rurales, con excepción, por supuesto, de las clases propietarias, la legitimidad del Estado se cuestiona. La situación social no puede ser más explosiva. En enero de 1983, en una conferencia sobre políticas alimentarias, dije lo siguiente: "No se está haciendo lo que se puede hacer para reducir la pobreza rural. No se está haciendo lo que se puede para producir alimentos. Estas deficiencias corroen la legitimidad del Estado dominicano. No es porque no hay mejores deseos de muchos sino porque hay una crisis administrativa del Estado."\* En aquella ocasión me parecía que los dominicanos no comprendían que para resolver la crisis necesitábamos de mecanismos de decisión adecuados que facilitaran la acción del Estado; tenía la impresión que, de mantenerse esas tendencias, la crisis de legitimidad se ahondaría y el gobierno se vería obligado a reprimir.

Por desgracia, mis previsiones se cumplieron, pero aún no se ha producido la clase de respuesta que esperaba. Mis preocupaciones se mantienen. El gobierno no ha mostrado competencia en administrar la crisis, porque sus mecanismos de decisión, su organización y sus políticas de desarrollo no son las que las circunstancias requieren. Las principales presiones sobre la legitimidad del Estado dominicano provienen de la pobreza y el desempleo, de que no logramos darle un uso racional a los excedentes que se generan. La discusión de cualquier modelo de desarrollo económico no puede hacerse al margen de considerar el impacto que tendrá sobre la crisis de legitimidad por la que atravesamos. Para revertir las tendencias del estancamiento de la producción y dependencia tecnológica, se tendrán que tomar medidas agresivas y aparentemente conflictivas.

Debido al bajo nivel tecnológico de muchas de las áreas de la agricultura y de la agroindustria, hay una gran necesidad de aprendizaje, de búsqueda y transferencia, de "alquiler" y/o compra de tecnología. Esta tiene altos costos, aun cuando en su punto de origen pueda ser relativamente pública. Y en todas partes hay una

progresiva profundización tecnológica que obliga, por razones de capacidad de competir, a la imitación, a seguir paso a paso. El proceso no termina. Los costos tecnológicos obligan a consideraciones de tamaño, conflictivas con los objetivos de distribución de ingresos y de riqueza, con aspiraciones de igualdad. La empresa grande tiene más facilidad de producir con qué sostener la continua competencia, la presión tecnológica. Además, si la producción agroindustrial dominicana ha de competir en el mercado mundial, tiene que ser eficiente. La eficiencia y costos de tecnología obligan, en la mayoría de los casos, a la organización de gran tamaño, de considerable concentración de capital.

El proceso de la eficientización productiva de la empresa que compete en el mercado mundial es continua. Esto demanda una permanente actualización. La producción eficiente exige un abastecimiento regular y controlado de insumos. Hay una necesidad de la empresa moderna de dar estabilidad a los ingresos de sus empleados y satisfacer crecientes aspiraciones de éstos, de los empresarios y de los accionistas. Hay un imperativo de concentración de capital y de crecimiento en las organizaciones productivas por todas las razones indicadas arriba. Para que el país pueda dar un rápido e importante salto cualitativo y cuantitativo en su producción para la exportación, y para el mercado nacional, tiene que entenderse con el dilema de la concentración de riqueza, tolerando la coexistencia del minifundio y la sofisticada empresa capitalista.

Esta tolerancia es posible si el país se encamina en la ruta de satisfacción de necesidades básicas, de trabajo, de salud, educación, si se sigue luchando por encaminar mejor la Reforma Agraria, por mejorar los servicios al pequeño agricultor.

La legitimidad del Estado no se reconoce solamente cuando se es propietario, como sostienen algunos autores. La seguridad en el empleo, con una retribución que permita un nivel de vida decente, es una fuente de legitimidad más poderosa que la posesión de un título de propiedad sobre tierras improductivas. La Reforma Agraria al distribuir tierras entre los campesinos, refuerza la legitimidad del Estado, pero lo mismo ocurre cuando un empresario genera empleos adicionales. La legitimidad del Estado, pues, depende esencialmente de que las políticas implementadas logren eliminar el desempleo y la pobreza nacionales.

### **La brecha financiera y la banca como institución tecnológica**

La salida de la grave crisis de la agricultura dominicana demanda de masivas inyecciones de capital. No debemos hacernos



falsas ilusiones. Cualquier plan que se prepare para el desarrollo agroindustrial, necesitará de grandes inversiones. El horizonte de planificación determinará la premura que tendremos en asegurarnos el capital. En todo caso, las inversiones se harán de manera sostenida, simultánea, prácticamente de un solo golpe. Las inversiones se harán todas juntas, o no se harán. Los economistas conocen de esta cualidad de las inversiones de atraerse entre sí. Por eso los procesos de desarrollo económico se producen en bloques. La efectividad de la estrategia de inversiones dependerá de que el horizonte de tiempo en que se hagan estas inversiones sea bastante reducido y que los productos seleccionados para industrializarse no sean numerosos, de manera que se facilite nuestra especialización. Con esta concentración de tiempo y productos, se aprovecharía mejor la energía que pretendemos volcar hacia el campo dominicano y haríamos un uso mucho más eficiente de los recursos disponibles.

Las necesidades de capital planteadas dentro de cualquier estrategia de industrialización actualmente no podrían llenarse dentro del sistema financiero dominicano. Los bancos no pueden suministrar los recursos financieros, ni en la magnitud ni con la prontitud que serían demandados. Los dominicanos deben reconocer que estos recursos no están disponibles y que la sociedad dominicana no está en condiciones de generarlos internamente, por más que comprima su consumo. En este sentido, me permitire definir una brecha financiera, que no es más que la diferencia entre las necesidades de inversión y la disponibilidad de recursos del sistema financiero dominicano. La brecha se hace más difícil de cerrar debido a que muchos de los proyectos agroindustriales, aun cuando sean altamente rentables, tienen un período de repago muy largo, de más de cinco años en algunos casos. El horizonte de tiempo de la banca es más reducido. Los masivos recursos financieros demandados por un proceso de industrialización sostenido, no aparecerán en el país: ni los bancos, ni las empresas, ni el Estado los tienen. Por necesidad tendremos que recurrir a la banca de desarrollo y privada internacional. No hay otro camino.

La debilidad institucional de nuestro sistema financiero, en el cual incluyo los bancos y el Estado dominicano, complica las cosas. En reiteradas ocasiones los dominicanos hemos dado muestras penosas de incapacidad para negociar y sustentar nuestros requerimientos ante los representantes de las instituciones financieras internacionales; no logramos fundamentar nuestras posiciones con la competencia técnica debida. Damos la impresión de que carecemos de dirección y continuidad, de que estamos librando una guerra sin planes, ni estrategias. Mejorar la capacidad de negociación dentro del mundo de las finanzas internacionales,

se ha convertido en uno de los aspectos más críticos del desarrollo económico dominicano en la presente etapa de nuestra historia.

La negociación toma fuerza cuando se sustenta en un amplio conocimiento o en una justificación tecnológica. Esta requiere de una base, no sólo en el Banco Central, la institución que por obligación tendrá un papel predominante, sino en el Secretariado Técnico y otros organismos del Estado. Esa base es, por admisión, en extremo frágil. Las contradicciones políticas y de austeridad obstaculizan el proceso de desarrollo de esa base. Por otro lado, la capacidad de negociación de la consultoría privada es muy limitada, muy fragmentada porque no ha sido desarrollada, y no llena el vacío que tiene el país.

La participación de los bancos en el desarrollo económico no se reduce solamente a cubrir las necesidades financieras. El impacto del financiamiento en la difusión de tecnologías es más poderoso del que comúnmente se acepta. Los bancos pueden deliberadamente cumplir una función tecnológica de primer orden, financiando investigaciones y transferencias de tecnologías, promoviendo las mejores alternativas tecnológicas, alentando la innovación y contribuyendo a levantar la capacidad tecnológica nacional.

En realidad, el sistema financiero dominicano ha cumplido pasivamente una misión tecnológica. Como los bancos y las financieras no se prepararon para ello, ni reunieron el personal con el entrenamiento técnico adecuado, no han jugado el papel dinámico que pueden y deben desempeñar. Su organización interna no favorece que se escoja un modelo tecnológico más sano, más compenetrado con las necesidades y posibilidades nacionales. Los bancos y, por tanto, FIDE, cuando financian un proyecto, sancionan la tecnología a que está vinculado. Los bancos y las financieras, con la complicidad del Estado que no hizo valer una política de ciencia y tecnología, prácticamente destruyeron la capacidad tecnológica nacional. Se financió la importación indiscriminada de bienes de capital, con la tecnología incorporada a los mismos. Como consecuencia, se cerró el camino de aprovechar en lo que fuera recomendable el talento y la creatividad de los ingenieros, técnicos y mecánicos nativos. No se les brindó el respaldo financiero. Los bancos dejaron pasar la oportunidad de colaborar y de ayudar a levantar la capacidad tecnológica de los dominicanos, con lo cual hubieran ampliado sus operaciones comerciales.

Lamentablemente, nadie aprende de nadie: solamente se aprende de la propia experiencia, reconociendo los errores. Los dominicanos hemos llegado a un momento de decisión crucial dentro de nuestra historia, a un momento de viraje, en el que



debemos resumir las experiencias pasadas y sacarles el máximo provecho. En este repaso, los bancos deberán buscar en su memoria institucional cuáles de los componentes de los proyectos agroindustriales que han financiado han tenido mayor peso en el éxito o en el fracaso de los mismos. El análisis de estos componentes permitirá que comprendamos mejor cuáles son las áreas de mayor interés, de mayor importancia, estratégica, para que los bancos puedan ejercer su función tecnológica.

La coherencia tecnológica es imprescindible para que el financiamiento sea un instrumento efectivo de desarrollo económico. Esa coherencia se logra a través de un proceso de creación de consenso. Por las deficiencias de los sectores financieros y tecnológicos públicos, el papel del sector financiero privado asume una importancia capital determinante en el desarrollo tecnológico agroindustrial. Yo creo que esto se reconoce, pero creo que lo que no se ha analizado detenidamente es que éste tiene graves limitaciones, si ha de acometer con responsabilidad una rápida acción en el desarrollo agroindustrial, que le son impuestas por las autoridades monetarias, por un lado, y por su naturaleza conservadora, por otro lado. Un ejemplo: dos proyectos de palma aceitera han comprometido los recursos de riesgo de 7 u 8 financieras. Esos dos proyectos, cuando entren en plena producción, cubrirán sólo el 20 por ciento del déficit nacional. ¿Como se financiará el resto? El rol de promotor tecnológico encierra graves riesgos tecnológicos. El Estado, los mecanismos financieros del gobierno, tiene que compensar esos riesgos si se desea o se necesita de una función del capital privado. Si no, el capital buscará otras actividades más remunerativas, de corto plazo, y de menor riesgo.

### Elementos de una estrategia

Si en el país hubiera instituciones que dieran premios por contribuciones importantes al desarrollo nacional, el Fondo de Inversiones para el Desarrollo Económico del Banco Central debería ser objeto de tal premio. Su contribución ha sido tan importante que hemos llegado a esperar todo del FIDE o a culpar al FIDE por deficiencias de los sectores productivos. Es el instrumento más poderoso que tiene el gobierno como promotor del desarrollo. Y lo que hace, lo hace bien. Y como lo hace bien yo creo y espero que haga más.

Hay grave necesidad de promover, a gran escala, varias actividades productivas nuevas. Lo de gran escala implica ya que se necesitarían criterios de financiamiento que tomaran en cuenta la escasez del talento empresarial (emprendedor de nuevos y arriesgados negocios) y las limitaciones de las financieras privadas.

También las autoridades económicas tienen que entender que las limitaciones que actualmente imponen a los montos máximos de financiamiento conducirán inexorablemente al dominio de las grandes entidades productivas por la empresa extranjera que, como quiera, utilizará los mismos recursos privados financieros nacionales para comprar o controlar la empresa nacional.

Debido a nuestras limitaciones tecnológicas creo que la estrategia de desarrollo agroindustrial deberá equilibrarse o dividirse en dos líneas, a mediano plazo y a largo plazo, cada una con un número limitado de renglones. Algunos son tan importantes que creo que se justifica alguna forma de subsidio por un tiempo limitado a la empresa que acometa uno de los proyectos, sea ésta pública o privada. Para el mediano plazo (menos de cinco años) recomendaría que el gobierno tomara la decisión de desarrollar en gran escala la industria de semillas, maquinaria agrícola pequeña (incluyendo tractores), la pesca comercial (en adición a la artesanal), camarones (exportación) y flores (exportación). En el largo plazo (más de cinco años): alimentos para animales (sustitutos de maíz y soya) como yuca, leucaena, stylosanthes, entre otros; palma aceitera; frutales (exportación) como mango, aguacate y naranja; fincas energéticas y caucho. Insistiría en la producción de alcohol de caña, aunque fuera sólo con el propósito de hacer nuestra la tecnología.

Ahora, el problema está en cómo organizar esto. Si FIDE ha sido un modelo efectivo, ¿entonces, lo organiza FIDE?

Para estos proyectos de urgencia debe ser diferente: el Estado debe asumir mayor riesgo y mayor responsabilidad tecnológica, debe aprovechar la financieramente comprometida capacidad empresarial aboliendo su famosa matriz; debe modificar los actuales límites en cuanto a monto. Entonces, ¿procede otro Fondo, un Fondo para la Inversión en el Desarrollo Agroindustrial Acelerado? Me parece que sí.

Después de identificar los nombres de los proyectos, la estrategia se completará con la realización de los estudios pertinentes para determinar la mejor opción y organización tecnológicas, los recursos necesarios y la posibilidad de financiamiento blando, los posibles conflictos sociales, políticos o ecológicos que originará el proyecto y el grado de dirección de la planificación necesaria para llevar el proyecto a la práctica.

## Conclusiones

El auge de la mitología agroindustrial no ha sido más que un inconsciente e indirecto reconocimiento de que nuestra agricultura



es la base del desarrollo económico a que podemos aspirar. Aunque son altamente importantes la producción de alimentos, exportaciones para divisas, empleos, la profunda trascendencia de esta vuelta conceptual a la realidad, a la base de nuestra economía, es que a su alrededor, empujados por la necesidad, se podría organizar, un concierto, un acuerdo nacional integrando los distintos sectores, encaminando un proceso de dinámica tecnológica que serviría de base al desarrollo. Con integración quiero significar que las clases industriales, económicas, políticas, en las que incluyo las élites tecnocráticas y científicas, converjan en sus propósitos, apropiándose de las técnicas administrativas, productivas y financieras dondequiera que existan, de tal manera que las dominen, que las hagan suyas, que las sepan buscar, adaptar, mejorar, utilizar, y hasta llegar a modificar y a manipular, y entonces culminar en la innovación. O sea, la agroindustria, las necesidades económicas dominicanas, podrían constituirse en la base de la articulación de los sectores productivos, logrando una especie de convergencia social, sin necesidad de una negociación.

La dinámica de la historia de la civilización encierra una compleja interacción de tecnología, de crecimiento de población y aumento de aspiraciones. Estas presiones, que deben ser satisfechas, se resuelven si se apoya la sociedad en un continuo aumento de la producción y productividad. Este no viene por ósmosis. Sólo se logra si se fundamenta en un proceso de ampliación y profundización tecnológica.

Utilicé la expresión convergencia social, no negociación, porque si se produce una dinamización tecnológica, un continuo aumento en la capacidad productiva dominicana, "una progresiva transformación de las áreas rurales" y ésta tiene forzosamente que depender de la producción de tierra, se podrá comenzar a satisfacer las necesidades y aspiraciones de las mayorías, de quienes depende tanto la estabilidad política, como la democracia dominicana.

En resumen, la clase dirigente del país, la burguesía, que controla los recursos, tiene el poder económico, político y social, pero no domina las tecnologías agropecuarias y agroindustriales en grado necesario para lograr un proceso dinámico de desarrollo. Y la tecnocracia no domina los mecanismos institucionales para compensar por esas deficiencias. Quizás no las entiendan. Estas necesarias tecnologías son agroindustriales, de producción, procesamiento, almacenaje, distribución, mercadeo, con creciente eficiencia y sofisticación y con creciente complejidad, con introducción, asimilación y dominación de nuevas tecnologías. De ahí la importancia de un reenfoque económico hacia la realidad agroindustrial del país. Envolverá a esa capacidad empresarial,

administrativa, la capacidad política de la tecnocracia en un reto tecnológico de una manera en que se verán obligados a colaborar estrechamente, reduciendo al mínimo consideraciones y enfrentamientos ideológicos. Por otro lado, sólo si estos grupos llegan a formar un conjunto, con objetivos claros y compartidos, se logrará el proceso anhelado e imprescindible.

Agroindustria, pues, es prácticamente todo lo que afecta o incide en la producción agrícola, incluyendo muchas veces hasta la siembra. Entonces, no hay nada nuevo en esto. No hay sustituto a un cuidadoso y coherente proceso de coordinación de todo lo que afecta el sector agropecuario para el logro de un sostenido desarrollo económico del país.

Al comienzo de mis palabras expresaba una confianza cartesiana en el porvenir de la agricultura dominicana, porque estoy seguro de que somos capaces de proveer las condiciones sociales y políticas necesarias para iniciar un proceso creciente de profundización y ampliación tecnológicas, siempre y cuando nuestra sociedad entienda la necesidad y urgencia y decida hacerlo. La sociedad dominicana ha desarrollado, ha demostrado, una extraordinaria vitalidad a todos los niveles en las últimas décadas: en la educación universitaria, la ciencia, el arte, el deporte, la política, el periodismo, la economía. Por igual la clase empresarial ha mostrado una agresividad insospechada en la industria, la banca, el transporte y el seguro. Dice Cipolla que "es la vitalidad humana de toda una sociedad la que, cuando se presente la oportunidad, entra en juego y desencadena la respuesta creadora de la historia."<sup>10</sup> Lo crucial es el establecimiento de las bases de la oportunidad.

De ese mundo del Mediterráneo de que venimos era Sófocles, quien dijera "Numerosas son las maravillas del mundo; pero de todas, la más sorprendente es el hombre..." y sigue, respecto al hombre, "Y porque es fecundo en recursos, no le faltan en cualquier instante para evitar que en el porvenir le sorprenda el azar".<sup>11</sup>

Yo confío que jamás, por falta de pensar en el futuro, dejemos que nos sorprenda el azar.

## NOTAS

1. Ortega y Gasset, José, *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía*. Madrid: Revista de Occidente. Alianza Editorial, 1981.
2. Oficina Nacional de Planificación. *El concepto de agroindustria*. Santo Domingo, 13 de junio de 1977.



3. Walbank, F. W., *La pavorosa revolución: la decadencia del Imperio Romano en Occidente*. Madrid: Alianza Editorial, 1981. ("La pavorosa revolución" es expresión de Gilbon para describir la caída del Imperio Romano de Occidente). Véase también Lilley, *Technological Progress*, p. 188, citado por Cipolla, *Historia económica*, p. 173. (En torno a 2500 a.C. el avance tecnológico llegó a detenerse y en el curso de tres milenios hubo relativamente poco progreso, cuando se les compara con la revolución que les precedió. Estos tres milenios constituyen un estancamiento tecnológico).
4. Walbank, F. W. *La pavorosa revolución*. p. 151.
5. Citado en Walbank, p. 151, como de White, L. *Speculum*. xv, 1940. p. 144.
6. Walbank, F. W. *La pavorosa revolución*. pp. 100-101.
7. Braudel, Fernand, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*. New York: Harper & Row, Publishers, 1973. p. 511.
8. Crouch B., Luis B. "La búsqueda de la autosuficiencia: alimentaria y política", *Pensamiento Económico*, I(1): 30, julio 1983.
9. Ramos, Pablo. *Notas para la elaboración de la Ley Agroindustrial*, sin fecha, c. 1983; edición mimeografiada.
10. Cipolla, Carlo M. *Historia Económica de la Europa Preindustrial*. Madrid: Alianza Editorial, 1981. p. 128.
11. Sófocles. *Dramas y Tragedias*. Barcelona: Editorial Ibenz, 1962.